

Entre sombras: La muchacha en el alféizar

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

A woman with long dark hair, wearing a dark top and light shorts, is sitting on a windowsill. She is looking out of a large window at a dark night sky. The window has a wooden frame. The scene is dimly lit, with light coming from the window and some light visible on the left side of the frame.

ENTRE SOMBRAS: LA MUCHACHA EN EL ALFEIZAR

JÓAQUÍN TORO

Capítulo 1

La muchacha en el alféizar

En la ciudad de Alazor, los Nottingham, vecinos de los Conway, fueron indiferentes una vez más al otoño que para ese entonces hacía que las hojas secas de los robles se arrastrasen en dirección a su casa, acumulándose en su techo, su jardín y alrededor de la entrada, formando capas alfombradas que al darles la luz del sol adoptaban un aspecto entre dorado y rojizo sangre. Vivían en ese condominio desde hace varios años, sus vidas representaban un misterio y fuente de escalofrantes pero sabrosos chismes que circulaban entre las amas de casa del vecindario, se decía que tenían algún tipo de religión que no les permitía salir de casa muy a menudo, razón por la cual jamás los veían, sólo a Carmen, la esposa del señor Nottingham, era a quien siempre divisaban en la mañana cuando iba hacer las compras, su cabello lacio, negro y sus ojos que siempre miraban hacia el suelo le daban un aspecto enfermo...

A la mañana del miércoles le seguía la tormenta que había tenido lugar la noche anterior y que había averiado el sistema eléctrico del vecindario. Durante esa noche el viento se había ensañado con los árboles y hecho caer las ramas más secas sobre los cables del alumbrado. Ensordecedores truenos despertaron a Cobbi y lo sentaron en su cama con sobresalto. Cobbi era el hijo mayor de los Conway, tenía catorce años, Robinson, tenía once. A medida que la tormenta avanzaba en intensidad a raíz del viento que enardecido remecía todo a su paso, Cobbi miraba fijamente la ventana de su cuarto: la luz de los relámpagos atravesaba el etéreo y delgado visillo que cubría el vidrio y se transfería al interior del cuarto alterando el ánimo de chico, llevándolo de la expectación de la vigilia al temor nocturno e infantil inexplicablemente infundado en su cuerpo adolescente y haciendo que gotas de sudor cayeran por su espalda.

Posó durante un rato la mirada en el reflejo del televisor que estaba en una esquina, a cierta distancia de los pies de la cama. Observó la ventana, entrecerró lo ojos unos segundos, estaba a punto de quedarse dormido, miró nuevamente el reflejo del televisor y ¡paff! la ventana se abrió de par en par. El chico se estremeció. La tormenta penetró en la habitación dejando entrar hojas secas de roble. Agitado, se levantó y caminó hacia la ventana para cerrarla, al hacerlo miró hacia el frente: la ventana de una de las habitaciones de la casa de los Nottingham.

Al mirar en esa dirección, lo primero que notó fue el alféizar, lo había visto antes, pero esta vez había algo raro que a través de la lluvia y los relámpagos logró visualizar, era una especie de bulto u objeto que semejaba una figura humana, se veían ropas manchadas y a la luz de un prolongado relámpago, Cobbi pudo distinguir claramente que se trataba de una joven acurrucada en el alféizar. Sintió un escalofrío que fue

acompañado por una sensación húmeda y tibia en sus pantalones, algo estilaba de su entrepierna, bajó lentamente la cabeza y miró cómo una enorme mancha de sangre se expandía por su pijama. Aterrado, se bajó los pantalones, no lograba ver de dónde emanaba. Al mirar el piso, el pálido destello de un relámpago hizo visible una posa de sangre oscura y purpúrea que inundaba sus pies. Con el rostro desfigurado de horror, Cobbi atinó a retroceder, pero cayó torpemente. Entre gemidos de pánico y su respiración entrecortada a punto de concederle un ataque cardíaco, se levantó a tientas agarrándose del borde de la cama y tirando de las sábanas. Se sentó en el borde del colchón, encendió la luz de la lámpara y para cuando miró y revisó como loco su pantalón de pijama... ya no había nada, ni una sola gota de sangre en su cuerpo ni en el piso. Enseguida se levantó y fue a cerrar la ventana, miró una vez más hacia el alféizar de la joven Nottingham, pero no había persona alguna. Fue una noche horrorosa y enferma como jamás las tuvo.

—¿Dormiste mal anoche? juraría que te oí gritar.

—No estaba gritando, Robinson.

—Quizá tuviste una pesadilla —sugirió.

—Es probable —Cobbi miraba fijamente por la ventana la casa de sus vecinos mientras los cereales crujían en su boca.

La señora Conway entró a la cocina con su habitual y espléndido ánimo.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo amanecieron mis más preciados tesoros?

—¡No nos llares así, mamá! —se quejó el menor.

—¡Ups! lo lamento señor, olvidé que ahora son ustedes adultos —decía la madre al mismo tiempo que lo apapachaba y cubría de besos como sólo una madre lo hace.

Cobbi se servía su cereal con el habitual desgano pre adolescente para después bajar al infierno que les suponía la secundaria. Quedaban apenas cinco días para las vacaciones de primavera y a determinadas horas eso significaba el paraíso en la tierra. De pronto, algo cambió en su rostro, su expresión se hizo altamente acre, como si hubiese tragado vinagre “¡santo cielo! ¡Qué asco!” —dijo en voz baja para sí mismo. La leche del tazón había adquirido un gusto desagradable, parecido a cuando la mortadela cría gusanos y estos la descomponen otorgándole un hedor inaguantable. Se levantó de su asiento y arrojó el contenido al lavatrastos.

—¿Pasa algo? —preguntó la madre.

—No, es que... no quiero más —dijo con disimulo a medida que vertía el contenido. Al intentar deshacerse del desayuno, Cobbi notó que la cañería se averiaba, la leche se negaba a bajar por el ducto. Se quedó mirando unos segundos... y se empezó a escuchar: *glup... glup... glup...* La leche bajo lentamente a través de la plomería, pero cuando terminó de hacerlo, se oyó un breve y gelatinoso sonido que culminó con la obstrucción total del ducto del lavatrastos.

—Cariño ¿Qué es ese sonido?

—No lo sé, voy a revisar.

Cobbi se agachó y abrió la puertecita de la parte baja, parecía que algo se había atascado en el tramo de ese tubo.

—Genial, ahora tendré que llamar a un plomero —dijo la madre.

Cobbi no tomaba el autobús para irse a la escuela, prefería caminar para evitarse todo el ruido y parloteo del transporte intercambiándolo por los contrastes urbanos que la ciudad de Alazor podía ofrecerle y por el cigarro que era bienvenido en soledad o compañía, su humo atrapaba la monotonía en una bocanada de suspiros juveniles y la arrojaba lejos de su potente identidad. Pero al pasar frente a la casa de los Nottingham, sus sentidos fueron embelesados por el tintineo de un canta-vientos que la brisa sacudió con delicadeza. Seducido por el dulce sonido, se acercó a la casa con los ojos hechizados, mirando hacia el borde del techo desde donde colgaba el canta-vientos. Había un panal de avispas al lado del instrumento. Comenzó a sentir que el sonido lo aislaba del resto del mundo. A medida que su mirada se iba inyectando en los pequeños cilindros alargados que componían el adorno y que se golpeaban unos contra otros, el sonido se hacía más y más amplio, se apropiaba de todo su campo auditivo y cuando estuvo lo suficientemente cerca, el panal cayó sobre su cabeza. Rápidamente salió de su trance e intentó escapar, pero no alcanzó ni a salir de la propiedad cuando los furiosos insectos lo tumbaron al césped. Con las avispas sobre su cuerpo y tratando de meterse bajo sus ropas, daba vueltas sobre el piso. Unas manos templadas lo agarraron de los brazos y lo sacaron del suplicio llevándolo a tientas hacia el interior de la casa.

—¿Estás bien? —preguntó una voz femenina.

Cobbi no podía ver con claridad.

—Eso creo icarajo, me duelen los ojos!

—Tranquilo, siéntate mientras voy por un poco de hielo para desinflamar

tu piel —dijo la muchacha.

La visión de Cobbi era nublosa, sentía un insoportable ardor en los parpados. De pronto, escuchó la voz de un hombre que se aproximaba desde el pasillo.

—¿Qué sucede? ¡Cielos santo! ¿Qué te sucedió, muchacho? —preguntó alarmado el sujeto.

—¡Fueron las avispas! —respondió Cobbi, adolorido.

—¡Demonios! debí haber quemado ese panal en cuanto lo vi la semana pasada, no sufras, enseguida te traigo hielo...

—Oh, no, no se moleste alguien ya...

—No es ninguna molestia, Cobbi, en serio, no puedo dejarte así.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Somos vecinos —respondió el hombre.

Luego de unos segundos el sujeto regresó con una bolsa de hielo y un pocillo de bicarbonato para aliviar el daño que las avispas habían causado. La chica no había regresado.

—¿Te sientes mejor?

—Algo.

—Algo es bueno, es mucho mejor que nada —dijo— ... ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Has crecido bastante, aún recuerdo cuando eras un niño y te venías a bañar en la piscina junto a Verónica.

—¿En serio? ¿Yo venía para acá?

Sonó el cerrojo de la puerta y entró la señora Nottingham interrumpiendo la conversación.

—Qué cansancio, Frank, no tienes idea lo difícil que me fue encontrar una llave para reparar el baño...

Al ver a Cobbi sentado en el sofá junto a su esposo, la señora Nottingham dejó caer las bolsas al piso, poniéndose pálida como el bicarbonato que

Frank había llevado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con tono alarmado.

—No es nada, a Cobbi lo atacaron las avispas y lo estaba ayudando.

—De acuerdo —dijo con expresión amarga en el rostro—, entonces Cobbi ya puede irse a su casa ¿cierto? —dijo la mujer algo alterada.

—De hecho debo irme a la escuela.

—Okey, entonces vete, antes de que llegues tarde.

—Sí, ya me voy. Gracias por el hielo, señor Nottingham.

—De nada, hijo —el señor Nottingham se levantó y dejó pasar a Cobbi.

Cobbi no recordaba haber estado en la piscina de aquella casa y mucho menos recordaba haber visto el rostro tirante y apático de Carmen Nottingham como lo estaba viendo en ese momento.

—Hasta luego —dijo ella, cerrando la puerta de sopetón.

“¿Por qué se habrá comportado de esa manera?” —se preguntó él. Esa mañana asistió a la escuela con gran cantidad de preguntas en su cabeza. Al regresar a casa durante la tarde su humor no daba tregua.

—¿Qué tal te fue hoy, cariño?

—Bien... ¿Sabes? me pasó algo bien raro en casa de los Nottingham.

La señora Conway se quedó observándolo impávida, como si hubiese visto a un fantasma.

—¿En casa de los Nottingham? ¿Qué hacías en casa de esa gente?

—preguntó angustiada.

—Bueno... es que cuando salí hoy en la mañana me mordieron unas avispas y como me encontraba frente a su casa, el señor Nottingham me ayudó con una bolsa de hielo.

—No quiero que vuelvas a esa casa ¿me has entendido?

—¿Pero por qué? el señor Nottingham dijo que yo solía bañarme en la piscina de su casa, somos vecinos y...

—¡Prométemelo, Cobbi! ¡Prométeme que NO volverás a entrar a esa casa!

—Está bien, lo prometo.

La reacción de la señora Conway fue verdaderamente incomprensible ¿Por qué no quería que Cobbi volviera a entrar en aquella casa? Lo único que se le ocurría era que tal vez su familia y los Nottingham habían tenido alguna disputa en el pasado y tal vez por eso su madre sentía semejante rechazo hacia ellos. Después de esa situación las cosas se calmaron, Cobbi desistió en su empeño de querer hablar con su madre acerca de los Nottingham, sintió que ya no valía la pena. Una semana más tarde, al fin estaba libre de la escuela, ahora sólo le restaba pasar su tiempo en el computador y salir con sus amigos el fin semana.

Eran las seis de la tarde del sábado y los amigos de Cobbi se habían inscrito para ir a un campamento. A Cobbi no lo habían dejado asistir porque su madre debía ir Portland, la abuela estaba hospitalizada, por lo tanto él tenía que quedarse para cuidar la casa, su madre sólo tardaría unas horas.

—¿Por qué está hospitalizada la abuela?

—Ya te dije, cariño, tuvo un infarto.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—No creo que sea una buena idea, te aburrirás, además, no me gustaría que estuvieses en ese lugar rodeado de gente enferma.

—Tienes razón —dijo no muy convencido.

—Muy bien, ya me voy.

La madre le dio un beso en la frente.

Tras cerrar la puerta, Cobbi se sentó en el sillón a ver televisión hasta las siete. Al percatarse de que estaba oscuro, se levantó del sillón y prendió la luz. Se dirigió a la cocina para prepararse un emparedado de queso, lechuga, tomate y orégano. A medida que iba armando su emparedado con calma, percibió un fétido olor a podrido, era el mismo que se había presentado la semana pasada cuando estaba desayunando. “No te sientas mal, no vomites” —se dijo a sí mismo. El hedor provenía del lavatrastos e inundaba el ambiente con una maligna persistencia. Asqueado, cogió una botella de lejía y la vertió en el ducto. Un grito desgarrador salió del lavaplatos e hizo que Cobbi cayera al piso. Los platos que estaban encima cayeron quebrándose en mil pedazos y la puerta de abajo se abrió de golpe: ¡Una chica salió de la cañería! Estaba desnuda y ensangrentada, su

cabello era largo y negro.

—¡Ayúdame! ¡Por favor, ayúdame!

Cobbi quedó en shock durante unos segundos, con sus miembros moviéndose torpemente, se acercó a la chica y la ayudó a salir, su cuerpo continuaba desprendiendo el fétido olor y uno de sus pies estaba atascado en el tubo. Corrió hacia el teléfono y llamó al novecientos once.

La policía acudió a la casa de los Conway, tres patrullas y una ambulancia iluminaron la calle. Al rato llegó la madre de Cobbi y lo buscó con desesperación.

—¡Mi hijo! ¡Díganme dónde está!

—Mamá, aquí.

Cobbi se acercó, tocó su hombro y la madre se dio vuelta, lo abrazó con fuerza.

—Cariño ¿qué sucedió? ¿Qué hiciste?

Un detective de color se acercó a ellos.

—Disculpe ¿usted es la señora Conway?

—Sí, soy yo.

—Necesitó hacerle unas preguntas a usted y a su hijo —Cobbi y su madre se quedaron en silencio—. Acompañenme por favor.

Luego, los tres se fueron a sentar sobre unos columpios que tenían en el costado del jardín. El sujeto entrevistó primero a Cobbi.

—Muy bien, primero que nada necesito que me expliques lo más detalladamente posible que sucedió.

Cobbi entregó su versión de los hechos. A la señora Conway le llamó la atención los inusuales sueños de su hijo.

Luego de haberle tomado la declaración a la madre, el detective se retiró y a los pocos minutos, las patrullas y la ambulancia también. La mente de Cobbi era un torbellino, sus ideas y especulaciones sobre los Nottingham se perdieron durante tres días en un mar inquieto de oscuridad originado por el trauma vivido. Pasado este tiempo, comenzó a sentirse mejor. Ya salía a caminar fuera de casa y se comunicaba con sus amigos por

teléfono y Facebook.

—¿De veras, viejo? ¡Cielos! Debes haberte cagado del susto.

—Sí, un poco, pero no hablemos más de eso, mejor cuéntame cómo la están pasando en el campamento.

—La verdad...

Cobbi miró por la ventana hacia el alféizar de la casa Nottingham: la muchacha que había visto ahí la noche de la tormenta estaba de vuelta, esta vez podía verla con mayor nitidez.

Mientras su amigo hablaba sobre sus vacaciones, Cobbi observaba con detenimiento a la muchacha.

—¿Hola? ¿Cobbi? ¿Estás ahí, viejo?

Cobbi se sentía hipnotizado, como cuando observó el canta-vientos de la casa Nottingham.

—Tendré que llamarte después, George.

Colgó el auricular, caminó unos pasos hacia la ventana y la abrió.

—¡Oye, tú! —gritó Cobbi.

La muchacha se arregló el cabello y lo miró con amable curiosidad. La reconoció de inmediato: era la muchacha que lo había ayudado cuando lo habían picado las avispas, ella era la muchacha en el alféizar.

—Yo te conozco —dijo Cobbi— tú... me ayudaste el otro día cuando me picaron las avispas —Cobbi estaba algo sorprendido, creía que la muchacha en el alféizar era producto de su imaginación.

—No puedo creerlo, es decir... vaya, yo pensaba que... bueno, en fin, olvídalo, creo que no nos presentamos ¿Cómo te llamas?

—Verónica. —dijo la muchacha riendo.

—¡Genial! Digo... tu nombre, tu nombre es genial.

Se sintió muy estúpido, pero aquel nombre, sabía que lo había escuchado antes y... ¡bum! Lo recordó, Verónica era la chica con la que supuestamente él iba a bañarse a la piscina de la casa de los Nottingham "Qué curioso!" —Pensó.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó ella.

—¿Disculpa?

—De las picaduras, me refiero.

—¡Oh, claro! me siento mucho mejor, hace varias semanas que se me pasó.

—Si... Lamento no haberte llevado el hielo.

—Está bien, tu padre me llevó una bolsa.

—Genial. Oye... supe lo que sucedió en tu casa, lo lamento —dijo compungida la muchacha.

—No te aflijas, no fue tu culpa.

De pronto, el rostro de la joven reflejó una amarga inquietud que llamó la atención de Cobbi.

—¿Qué te sucede?

—Es que creo que sí fue mi culpa. Lo lamento, en serio que sí.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que tú culpa? No entiendo...

—Tengo que irme, lo siento, Cobbi.

Con un nerviosismo desconcertante la muchacha se retiró del alféizar, se metió de nuevo a su habitación y cerró la ventana.

—¡Oye, espera! ¡Regresa! ¿De qué estabas hablando?

Inmediatamente después de ese incidente con la joven, Cobbi salió de su casa y se dirigió al "Alazor Memorial", que era donde tenían hospitalizada a la chica que había salido de la cañería.

Una vez en el hospital, ingresó con lentitud y una pizca de inseguridad. Caminó sobre sus talones al tiempo que pasaban dos médicos. Lo que conversaban llamó la atención del joven.

—¿Tienes que ir a ver a la chica Nottingham?

—Sí, está en el piso tres y debemos hacerle unas pruebas para saber si...

Cobbi aprovechó la oportunidad y siguió al médico tratante de la chica para llegar a ella. El doctor caminó por un largo pasillo, luego subió a un

ascensor.

Cuando el médico salió de la habitación, Cobbi entró. La joven se veía muy delicada, su piel, su rostro, especialmente sus ojos, se encontraban dañados, tenía unas gasas sobre las quemaduras químicas. Estaba despierta, ahora podía verla mejor, era como de su edad.

—Hola —dijo Cobbi.

—Hola —dijo ella con voz afectada.

—No sé si te acuerdas de mí, soy Cobbi, tu vecino, yo fui quien te encontró.

—Me acuerdo de ti, lamento haberte asustado.

—Está bien. Mira... necesito saber que fue lo que pasó, lo que está pasando en realidad. Hace unos días atrás conocí a mi vecino, el señor Nottingham, él me ayudó cuando unas avispas me atacaron y fue muy gentil conmigo, pero cuando se lo conté a mi madre ella se molestó. He pensado que tú estás relacionada con todo esto... ¿lo estás?

—Soy su hija.

—Un momento... ¿Eres hija del señor Nottingham? Pero... —Cobbi se desconcertó— aguarda ¿Él es tu padre? ¿Tu padre está involucrado en todo esto?... —Cobbi acercó más su rostro al de ella.

—Nosotros somos vecinos, tú no me recuerdas, pero yo a ti sí, si no hubiese salido de esa cañería por tu lavaplatos... jamás nadie se habría enterado de mí.

—Escucha... —Cobbi trataba de llamarla por su nombre pero no se lo sabía.

—Sabrina —dijo ella.

—Sabrina, tienes que decirme si tu padre te hizo esto, la policía debe enterarse —decía Cobbi angustiado.

—La policía ya está en eso, ellos me hicieron muchas preguntas luego de haber ingresado acá y yo les dije lo que había pasado, ahora ya no está en mis manos...

—¿Dónde está tu padre ahora, Sabrina?

—No lo sé, debe estar en casa o quizás con la policía.

—¿Qué hay de tu madre? ¿Por qué no ha hecho nada? ¿Y tú hermana?
¿Por qué rayos ella está en casa como si nada?

—No lo sé, yo estaba en el sótano y no sé si ella estaba en casa o encerrada en otro lugar, no la he visto desde que mi padre me...

—¿Qué, desde que tu padre qué?

—Desde que me violó.

Una arcada acompañada de espanto y enferma vulnerabilidad surgió en el cuerpo de Cobbi: él se había bañado en aquella piscina cuando era un niño. Pensó en verónica y supo que debía ir a rescatarla antes de que el señor Nottingham le hiciera alguna otra cosa peor —si es que eso era posible aún—.

—Sabrina, escucha, ahora debo irme, debo ir a sacar a tu hermana de esa casa ¿de acuerdo? Volveré, adiós.

Tras despedirse abruptamente de Sabrina, Cobbi salió corriendo del hospital y fue a casa de los Nottingham. Durante el trayecto Cobbi pensaba en su madre, en que quizás ella también podía estar involucrada de alguna forma en todo eso ¿Estaría ella al tanto de los abusos del señor Nottingham en contra de sus hijas? ¿Sería por eso que no quería que Cobbi volviera a pisar la casa de ese hombre? Todas esas preguntas atravesaban la mente del muchacho mientras se acercaba al condominio. Al llegar, había patrullas de policía, una ambulancia y una máquina excavadora. Cobbi no entendía que estaba pasando ¿Habrían ido por Verónica? ¿Habría llamado a la policía? Había cinta amarilla de no-pasar acordonando toda el área del jardín, dos hombres vestidos con trajes azules de plástico excavaban el área bajo el alféizar: La muchacha llevaba muerta hacía más de dos meses.

Luego de todo aquello, Cobbi se tuvo que ir a vivir a Portland con su abuela y sus primos, su madre fue arrestada por complicidad en el delito de abuso sexual cometido en contra de verónica y Sabrina Nottingham. El padre de las muchachas, también fue arrestado y condenado a pena de muerte (Alazor la tiene). Con el pasar de los meses, Cobbi se repuso de todo lo vivido, pero su manera de vivir sufrió un cambio trascendental, aún puede ver espíritus, sin embargo, jamás supo por qué el cantavientos de la casa Nottingham tenía un efecto hipnotizador sobre él.

Esta historia ha sido basada en el testimonio de Cobbi Conway, el chico que vivía en el mismo vecindario que yo, a quien entrevisté años más

tarde y concedió el permiso para escribir su historia.